Defectos de origen

Un gran número de pruebas periciales se basa fundamentalmente en los informes del sumario; es lógico aceptar que cuanto más concretos y precisos sean estos partes y estos informes, menos divergencias han de admitir en la prueba pericial que se haga ante el Tribunal de Justicia. Y preguntamos ahora: ¿puede hacerse con los medios de que dispone un Médico rural, un forense de partido judicial o de provincia de segunda y tercera categoría, el informe concreto y preciso a que acabamos de referirnos, sin dejar lagunas que rellenar ante la Sala y que tanto se prestan al debate improvisado y a la discrepancia pericial? Seguramente responderéis negando, en muchos casos, la posibilidad de tal informe.

No es sólo el Médico rural quien carece de lo preciso, de lo más rudimentario para estudiar las particularidades del caso médico legal. Son los Médicos forenses, tan resignados, tan pobremente atendidos, los que no tienen material alguno ni de estudio ni de trabajo; una sola caja de autopsias que entrega la Junta de Gastos Carcelarios y con eso, sólo con eso, han de resolver los múltiples y enojosísimos problemas que a ellos, funcionarios de la justicia, peor retribuidos que ordenanzas y alguaciles, se les confía por los Jueces. Sabemos que el buen sentido y la cultura de los Médicos forenses de España vencen muchas dificultades y subsanan muchos desaciertos de la Administración; pero sabemos también, que no basta en ocasiones su voluntad y que se ven obligados a prescindir de ventajosas investigaciones o a confiarlas a quien no tiene tanta y tan directa responsabilidad como ellos.

¿Cómo exigirles más haciendo sus autopsias en lóbregos lugares, careciendo de un laboratorio modestísimo: sin auxiliarse, como en tantos casos es necesario, de un microscopio; estudiando a los presuntos degenerados o dementes en la celda miserable de una cárcel...? ¿Cómo exigirles más si se ven obligados, por esa falta de medios, a confiar la investigación de las manchas de sangre, del veneno que pueden contener unas vísceras, del defecto anatómico con que una fractura ha consolidado, de la etapa en que una putrefacción cadavérica se encuentra — de lo más elemental, en fin — a manos que no son las suyas y a informes que no pueden ser los suyos?

Creemos que es hora de que nos preocupe este aspecto tan interesante de la prueba pericial. Creemos que es hora de pedir que se organicen los Institutos de Medicina Legal provinciales, sin otra dirección ni otra jefatura que la de los Médicos forenses de la provincia respectiva, con los cuales colaborarían, pero siempre bajo su dirección, aquellos auxiliares — biólogos o químicos — que se estimasen necesarios.

El Instituto de cada provincia estudiaría los problemas médico legales en toda su amplitud; conservaría en su museo las piezas anatómicas que fueron objeto de investigación; archivaría también las colecciones fotográficas y de modo singularísimo con una trascendencia social incalculable llevaría de cada presunto delincuente una ficha de psico-análisis, absolutamente precisa hoy, no sólo para valorar la responsabilidad distinta en cada hombre y en cada delito, sino para saber quién fué el delincuente circunstancial, quién el delincuente patológico y quién el malvado sin posible o sin probable regeneración espiritual.

Muchas y muy interesantes consecuencias tendría la creación, no muy gravosa para el Estado, de los Institutos provinciales de Medicina Legal; muchas tendría para hacer menos necesarias esas pruebas periciales lentas y fatigosas, con seis.